

LA TEORIA DE LOS DOS MUNDOS EN PLATON

*"La filosofía occidental
no es más que una serie de
anotaciones a Platón".*

Alfred North Whitehead

Platón nació en Atenas a fines del convulsionado y crítico siglo V, en el 427 a.c, luego de la muerte de Pericles y tres o cuatro años después de haberse declarado abiertamente la guerra del Peloponeso, guerra funesta que finalizó con el triunfo de Esparta y la caída de Atenas, el Atenas inseparable de la vida y de la obra de Platón. Hijo de Aristón y Perictione tuvo como nombre de pila el de Aristocles, reemplazado luego por el de Platón, con el cual se le conoce históricamente, debido a lo ancho de sus hombros, dicen algunos de sus biógrafos, o a la extensión de su frente, opinan otros. Recibió una esmerada educación tal como correspondía al rango de su familia: estudió música, pintura, gramática, retórica y practicó la gimnasia; leyó y estudió los poetas e influido por éstos escribió algunos poemas y unas pocas tragedias, escritos que destruyó después de conocer a Sócrates. Desde muy joven, tal como lo anota en la Carta VII, "Tenía el proyecto para el día que pudiera disponer de mi mismo de entrarme enseguida por la política" 324d, política que pudo vivir muy de cerca en su casa, en su ciudad y, principalmente, cuando el gobierno de los Treinta Tiranos, del cual hacían parte parientes suyos muy cercanos, quienes lo invitaron a tomar parte del mismo y le dieron la oportunidad de conocer en forma directa, los horrores de la política de su tiempo. A los veinte años Platón conoció a Sócrates a quien hizo su amigo y su maestro, amistad y maestría definitivas en la vida y perduradas a través de toda su obra: su quehacer docente, su método dialógico y su gran preocupación ética, no fueron otra cosa que la proyección de las enseñanzas que el discípulo aprendió del maestro, maestro por excelencia, "a quien -como



Platón

(5)

dice el filósofo en su Carta' no temo proclamar el hombre más justo de su tiempo" 324d. Tuvo también Platón contacto con el pensamiento presocrático y con la sofística, cuyas ideas aceptadas u objetadas, siempre las tuvo presentes; la influencia de Parménides, de Heráclito y de los pitagóricos fue definitiva para la doctrina platónica, e innegable la de los primeros sofistas.

Desde niño conoció los desaciertos de los diferentes gobernantes de su tiempo y el caos político de su ciudad; posteriormente advirtió las injusticias cometidas por los Treinta y, poco después, sufrió la condena y la muerte de su maestro Sócrates, hechos éstos, entre otros, que lo llevaron a cambiar en parte sus ideales políticos inmediatos y a entregarse a la verdadera filosofía como lo anota en dicha Carta cuando escribe:

"Finalmente llegué a comprender que todos los Estados actuales están mal gobernados, pues su legislación es prácticamente incurable sin unir unos preparativos enérgicos a unas circunstancias felices. Entonces me sentí irresistiblemente movido a alabar la verdadera filosofía y a proclamar que sólo con su luz se puede reconocer dónde está la justicia en la vida pública y en la vida privada" 325e.

Después de la muerte de Sócrates, Platón se retiró a Megara y más tarde viajó a Egipto, a Cirene y a la Magna Grecia, viajes éstos que le hicieron posible encontrarse con hombres tan respetables como Teodoro de Cirene y Arquitas de Tarento, quienes le permitieron adquirir amplios y profundos conocimientos sobre física y matemática, estar en contacto directo con el orfismo y el pitagorismo y madurar su concepción sobre el gobernante-filósofo. En Siracusa, a donde viajó tres veces, conoció a Dión a quien hizo su amigo y su discípulo, vínculo que le permitió proyectar su relación con Sócrates. Su contacto con Dionisio, el padre, y con Dionisio, el hijo, tiranos ambos de Siracusa, reforzó aún más la idea de lo que era la política de su tiempo. Las experiencias vividas por Platón en Siracusa son, precisamente, el tema de la famosa Carta VII.

Una vez vuelto de su tercer viaje en el año 360, Platón prometió no volver abandonar Atenas, en donde murió a los ochenta y un años después de cuarenta años de dirección y maestría en la Academia y de dejar escrita una copiosa obra.

Antes de entrar a explicar la teoría de los dos mundos en Platón, conviene hacer algunas consideraciones sobre el mito, dado que los textos escogidos para tal fin corresponden a metáforas, símiles, alegorías o mitos, formas de expresión tan utilizadas por el filósofo ateniense, que no es exagerado afirmar que son muy

pocos los diálogos platónicos que no tienen algún mito. Nos preguntamos, entonces, por qué el mito en Platón? Este interrogante se lo han planteado muchos de los estudiosos del filósofo y a él le han dado diferentes respuestas, algunas en su contra, otras, a su favor.

Para algunos el mito en Platón no es más que un juego de palabras que no sólo no tiene nada que ver con su doctrina, sino que la opaca por completo. León Brunschvicg, por ejemplo, dice que "el Mito es un retorno ofensivo a una forma de pensar primitivo que se preguntaba qué había cuando el mundo aún no existía" y, por lo tanto, lo considera como "el gran pecado platónico". Para Søren Kierkegaard "la mitología consiste en mantener la idea de eternidad en las categorías del tiempo y del espacio", y así, en Platón forma parte integrante de su doctrina, pues para el filósofo ateniense, la idea de la eternidad en relación con el alma y su recto vivir, fue motivo de gran preocupación desde cuando se dedicó a filosofar, no sólo como heredero de Sócrates, sino por influencia de sus predecesores, sobre todo de los pitagóricos. Para P.M. Schull Platón sitúa muy en alto el entusiasmo, sea que se manifieste en el delirio del amor, como nos lo dice en su diálogo el Fedro; sea como delirio religioso como lo expresa en el Fedón y en la República; sea como delirio poético, como lo hace en el Banquete; delirio, sea cual fuere, que lo transporta a un más allá, el cual solo es posible explicar míticamente. Esta tripartición de delirios es la que permite mirar a Platón como filósofo, como místico o como poeta, en palabras de Karl Jaspers; como místico, precisamente se ha querido entender el mito como un fenómeno religioso. Gracias al mito nuestro filósofo comunica lo incommunicable, expresa con imágenes lo que no puede expresarse con palabras; acerca el más allá, lo intemporal e inespacial al aquí y al ahora, y relaciona las cosas bellas con lo bello en sí. Es un medio que trata de llevarnos y de elevarnos hacia la verdad, hacia el lugar de origen que hemos olvidado y, el cual gracias a la reminiscencia, podemos recuperar.

En virtud del mito Platón se dio respuesta a dos preguntas que constantemente se hacía: de dónde venimos? ..., hacia dónde vamos? ...; preguntas con las cuales Sócrates inicia su conversación con Fedro, en el diálogo de este nombre, conversación que paso a paso va conduciendo a los interlocutores hacia la exposición del mito del Carro Alado, que no es otra cosa que la hipótesis platónica sobre la existencia del alma antes de habitar un cuerpo humano y que es complementado con otros mitos mediante los cuales el filósofo expone sus supuestos sobre el destino del alma luego de ser abandonada por el cuerpo que la aprisiona. Así lo expresa, demos por caso, en el Gorgias cuando dice: "Escucha, pues, como dicen, un precioso relato que tú, según opino, considerarás un mito, pero que yo creo un relato verdadero, pues lo que voy a contarte lo digo convencido de que es verdad", relato que continúa y

habla de la suerte del alma humana después de la muerte del cuerpo, cuando es juzgada para ser premiada con su envío a las Islas de los Bienaventurados, si llevó una vida justa, o castigada y arrojada al Tártaro, si su vida fue injusta 523a-526c. En el mito de Er, consignado en la parte final del libro X de la República, también nos habla Platón de la suerte del alma después de la muerte del cuerpo. Y no nos relata el filósofo, mediante el mito de la Caverna, el viaje del ser humano a lo largo de su existencia, a partir de lo que el alma por su esencia trae a este mundo, para que el hombre como tal sepa qué debe ser, qué debe hacer y qué debe buscar?

En su diálogo el Fedón -dice Platón- que "los mitos tienen un encanto propio y que uno puede admitirlos así como un hechizo seductor y aceptarlos como una forma de encantamiento". 114d Platón se vale del mito para invitarnos a pensar en aquello que no tiene una fundamentación racional, que no es objeto de discusión, sino que simplemente se cuenta. Werner Jaeger afirma que Platón emplea la alegoría en sus puntos decisivos, y para Jaspers son tan esenciales los mitos que encuentra en ellos el secreto último de la verdad platónica. Victor Brochard los considera como hipótesis, como la expresión de la probabilidad y agrega "que en toda la obra platónica se unen, sin confundirse ni molestarse entre sí, la explicación científica y la exposición mítica".

Platón es un pensador universal, quién, a través de su doctrina, nos plantea problemas ontológicos, lógicos, epistemológicos, psicológicos, éticos, políticos, pedagógicos; universalidad imposible de abarcar en una charla como ésta; por eso hemos escogido la Teoría de los Dos Mundos, por considerarla no sólo la columna vertebral del pensamiento platónico, sino porque en ella encontraremos los puntos de reflexión que nos permiten lograr una idea general de la doctrina, considerada por muchos como el punto de arranque de la filosofía en occidente.

Los textos sobre los cuales vamos a reflexionar son extractados del diálogo, "La República", obra escrita por Platón en su período de madurez, poco después de haber regresado de su fracasado primer viaje a Siracusa. Es considerada como la cumbre de su pensamiento y con la cual trató de dar respuesta a la crisis de su tiempo, crisis vivida no sólo en su ciudad, sino también en Sicilia en donde experimentó un tremendo choque entre el político tirano, Dionisio de Siracusa que sustentaba su poder en la fuerza, y el filósofo que anhelaba construir un Estado sostenido por la justicia. Crisis que también lo llevó a preguntarse el porqué de la situación padecida por sus conciudadanos y que le permitió llegar a la conclusión de que no son las constituciones ni las leyes las que fallan, sino que todo el mal está en los hombres que las interpretan y las aplican, y, por lo mismo, a la necesidad de fundar su famosa Academia, encargada de

formar a los hombres como verdaderos dirigentes, formación que los llevaría a la filosofía, pues "no cesarán los males de la ciudad mientras el gobierno no esté en manos de los filósofos, o los gobernantes no se entreguen a la filosofía" Carta VII 325e.

La preocupación de Platón por la formación del hombre es corroborada por J.J. Rousseau cuando asevera en las primeras páginas de su 'Emilio': "Si queréis formaros una idea sobre la educación pública, leed la "República" de Platón. No es pues una obra política como piensan los que juzgan los libros por su título, sino el más excelente tratado de educación que se haya escrito; [...] si a las plantas se las cultiva y a los perros se los amestra, a los hombres se los educa"; lo mismo que por Lewis Nettleship al decir "que la República de Platón es fundamentalmente un discurso sobre la vida humana y por eso tiene tanto de psicología, como de educación y de política" como lo anota Antonio Gómez Robledo en su libro sobre Platón (1); textos que además de confirmar la preocupación del filósofo por la educación dejan translucir la necesidad de formar un filósofo-gobernante-político y, por lo mismo, afirmar que "La República" es un tratado filosófico-político-pedagógico.

En "La República", Platón por boca de Sócrates intenta explicar a su joven interlocutor, cómo en la cima de la escala ontológica está el primer principio, es decir, la idea de Bien, fuente iluminadora de todo cuanto existe y hacia el cual tiene que tender el futuro gobernante; principio que por ser inefable, sólo se atreve a describir valiéndose de una metáfora,

Creedme, amigos míos, dejemos por esta vez la busca del bien tal como es en sí mismo; esas pesquisas nos llevarían demasiado lejos, y yo me vería apurado para explicaros su naturaleza tal como la concibo siguiendo el camino que hemos tomado. Mas quiero hablaros si lo estimáis oportuno de lo que me parece ser producción del bien, su representación exacta; si no pasemos a otras cosas.-No hablemos del hijo. Otra vez nos hablaremos del padre. Es ésta una deuda que a su tiempo te reclamaremos. -Bien quisiera poder cumplirla a vuestra entera satisfacción, en vez de ofreceros el simple fruto de la deuda, tal como hoy lo ofrezco. Con todo recibid este fruto, esta producción del bien; tened cuidado, sin embargo, no sea que sin querer os engañe yo, pagándoos en moneda falsa" 506d-507a.

Con esta figura Platón se atreve a describir la idea de las ideas, el Bien, tomando como representación suya la imagen del sol sensible, fuente de la vida, causa de todo cuanto aparece en el mundo de las cosas, "que da a los

objetos visibles no solamente la facultad de ser vistos, sino también la génesis, el crecimiento y el alimento, aunque él mismo no sea génesis" 509b, y al igual del cual supone, que es el Bien o Sol inteligible la causa de todo cuanto existe en el mundo de las ideas. Como bien lo expresa a través de la metáfora, el sol, que contemplan nuestros ojos y que posibilita la percepción visual de los objetos perecederos es el hijo, el fruto, la representación perfecta del Sol, que sólo puede ser captado por la inteligencia y sin el cual no es probable percibir, conocer, recordar las ideas; de allí que agregue que "la Idea de Bien es el objeto de estudio supremo (mathema), a partir de la cual las cosas justas y todas las demás se vuelven útiles y valiosas" 505a.

Con la metáfora del Sol Platón nos lleva a plantearnos la existencia de dos mundos y a preguntarnos cómo puede el hombre llegar a conocer la idea de Bien y los demás seres que pueblan dichos mundos. Para explicar su teoría de los dos mundos nuestro filósofo se vale del símil de la línea y para responder al problema del conocimiento y, por lo mismo al problema de la educación, recurre al mito o alegoría de la Caverna.

El Símil de la Línea comienza así: "Representate una línea y divídela en dos partes desiguales" 509d, desigualdad que no es muy clara, puesto que si nos atenemos a la cantidad de seres que corresponden a cada sección tendría que ser mas grande la primera, que corresponde al mundo sensible, debido a que muchas cosas son copia de una sola idea; la idea de árbol, por ejemplo, no es sino una frente a un número incalculable de árboles; los hombres son muchos en oposición a la idea hombre que es una; pero si lo que importa es la calidad del conocimiento, tiene que ser mayor la segunda sección que corresponde al conocimiento inteligible, que es superior, mas profundo y complejo que el conocimiento sensible, y por lo mismo más difícil de alcanzar

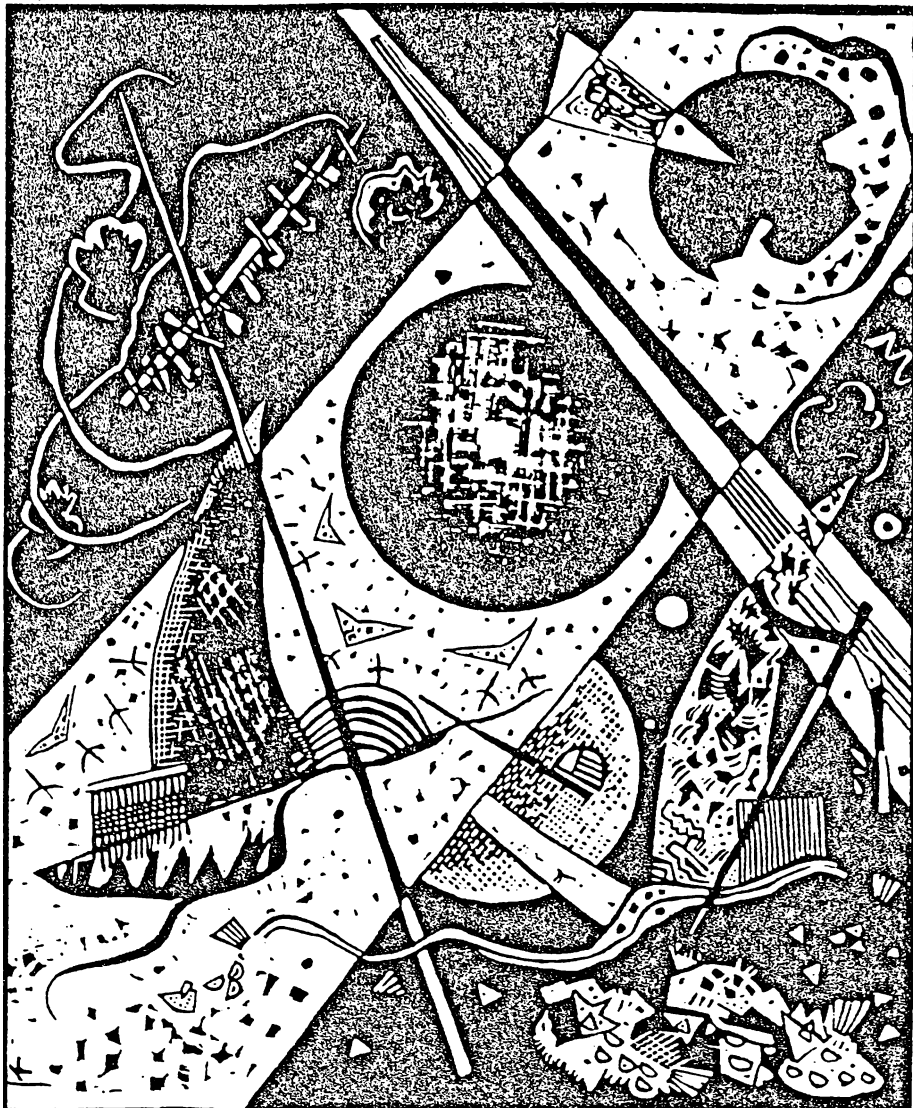
Tomemos, entonces la línea AB, dividida en dos partes por el punto C y ubiquemos en la sección AC el mundo sensible o

mundo de los sentidos y en la sección CB, el mundo inteligible o mundo de las ideas.

Mundo sensible Mundo inteligible
A-----C-----B

El mundo sensible es el mundo de las cosas que nos rodean, que como copias o imitaciones que son de las ideas, sólo son imágenes; es el mundo de la multiplicidad, de las cosas concretas, ubicadas en el tiempo y en el espacio y percibidas con los sentidos, y en donde todo es cambio. El mundo sensible es el mundo de la opinión, saber oscuro, confuso e inseguro y del cual es necesario salir si se quiere tender hacia la verdad. En el mundo sensible vive el hombre con el alma encarcelada por el cuerpo.

El mundo inteligible, por el contrario, es el mundo de las ideas, de las esencias de las formas o paradigmas, seres inesenciales y eternos, inmutables y abstractos; es



Wassily Kandinsky.

(6)

el mundo de la unidad, de la inmutabilidad, captable sólo por la inteligencia, cuya "esencia es incolora, informe, intangible, cuyo ser es realmente ser, vista sólo por el entendimiento, piloto del alma y al rededor de la cual crece el verdadero saber", dice el propio autor en su diálogo el Fedro 247d. Allí encontramos el saber de la episteme, claro y verdadero, e intentamos conocer la belleza en sí iluminada por la idea de Bien, como modelos que son de las cosas bellas y de las cosas buenas, dadas en el mundo de los sentidos.

Nos encontramos luego con que cada sección de las anteriores hay que subdivirla nuevamente en dos segmentos y ubicar en cada uno, los seres señalados por el filósofo y el grado de conocimiento correspondiente. Tenemos así, que la sección AC queda dividida en los segmentos AD y DC y la sección CB en los segmentos CE y EB.

	conjetura	creencia	dianoia	noesis	
A	D	C
	sombras		hombres		objetos
	reflejos		animales		matemáticos
				E
					-B

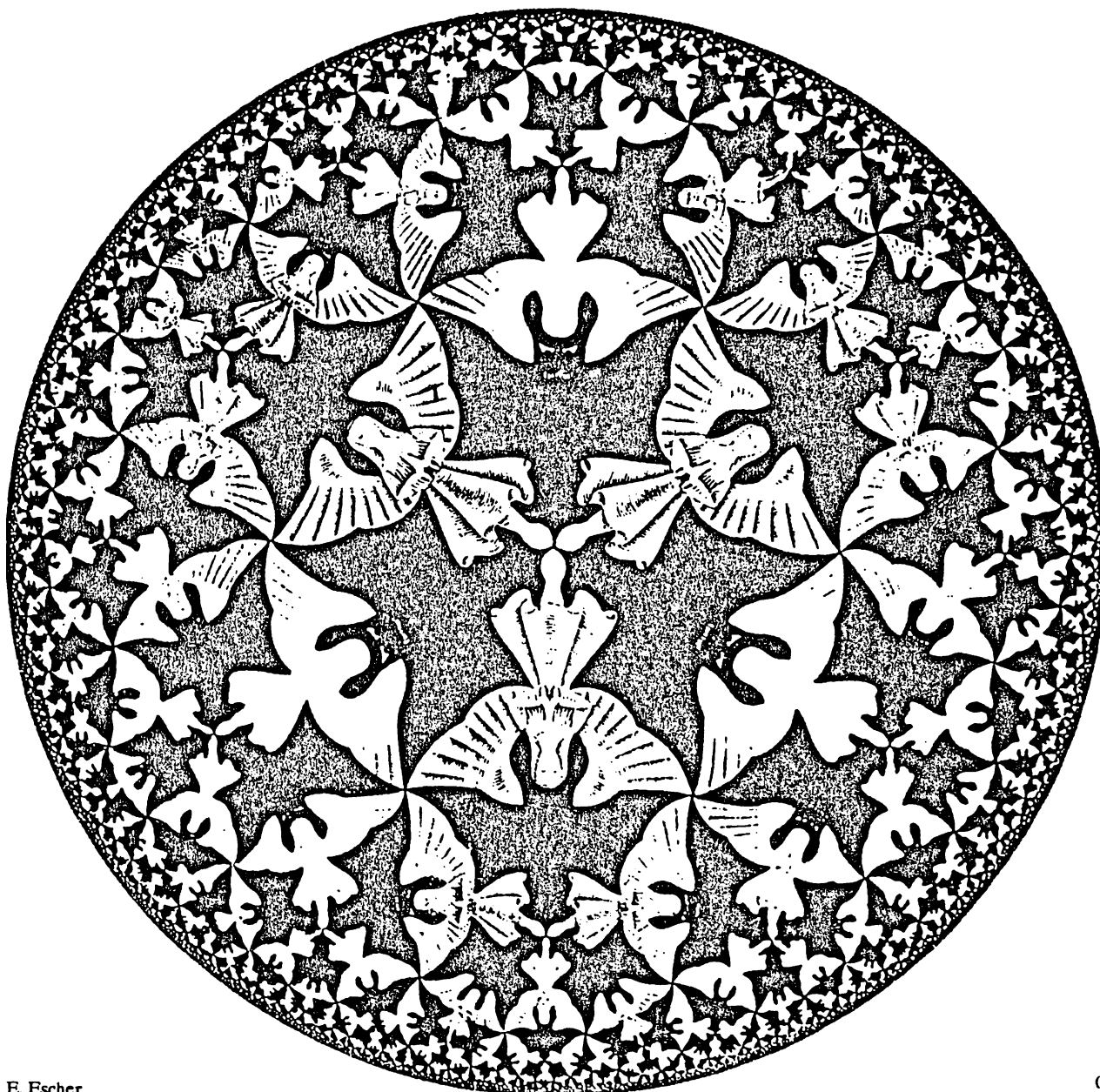
En la subsección AD están las sombras y los reflejos, objetos que representan el mínimo de realidad, sombras de sombras, cuyo saber corresponde al grado mas bajo de conocimiento, nominado por Platón conocimiento por conjetura o imaginación; saber oscuro y engañoso, casi confundido con la ignorancia y el cual por desgracia, como lo asevera Antonio Gómez Robledo, tienen el común de los hombres. En la subsección DC están los animales, las plantas, las obras de arte y todos los seres que nos rodean, de los cuales son las sombras de la primera subsección; poseen un poco más de realidad y de ellos tenemos un conocimiento por creencia, menos oscuro y menos engañoso que la conjetura, pero del cual tampoco nos podemos fiar, puesto que no nos da ninguna certeza, ni ninguna seguridad; su objeto es cambiante, como cambiantes son el sujeto que lo capta y la sensación captada. Conjetura y creencia son para Platón conocimiento por opinión y a él se refiere en el Menón cuando dice:

"en efecto, también las opiniones verdaderas, mientras permanecen quietas, son cosas bellas y realizan todo el bien posible; pero no quieren permanecer mucho tiempo y escapan del alma del hombre, de manera que no valen mucho hasta que uno no las sujeta con una discriminación de la causa. Y ésta es, amigo Menón, la reminiscencia, como convinimos antes 97e.

Los segmentos CE y EB corresponden, según Platón a los dos estadios ontológicos y gnoseológicos del mundo inteligible o mundo de la verdad. En la subsección CE sitúa nuestro autor los objetos matemáticos: las ideas de

par e impar, de número racional; la definición de las distintas figuras geométricas: de lo que es un ángulo, un triángulo, una diagonal, objetos considerados como verdaderos, como hipótesis -en palabras de Platón- entendidas como conclusiones sacadas de una demostración y convertidas en puntos de apoyo, en la base del primer principio que, por lo mismo, ya no es hipótesis sino el más alto grado del ser y que no es otro que la Idea de Bien. Pero en ese mundo inteligible sitúa también el filósofo reflejos en el agua, reflejos que de ninguna manera pueden confundirse con los encontrados en la primera subsección del mundo sensible, sino que corresponden a las figuras que el geómetra dibuja para ayudarse en su quehacer científico y, que a pesar de ser sensibles, no pueden confundirse con la figura concreta que tienen las cosas, ni ser consideradas como la figura en sí o figura verdadera, dado que, sólo son su representación. En este ámbito del ser, el hombre alcanza un conocimiento discursivo o dianoia -dice el filósofo-; conocimiento claro y seguro, menos dependiente del sujeto investigador y que le permite al científico, gracias al pensamiento, enfrentarse en un momento dado del proceso, sólo con ideas. Sin embargo, este conocimiento dianoético tiene que ser complementado, iluminado y fundamentado con la Idea de las ideas que sólo se encuentra en la subsección CB. Aquí llegamos, o mejor llega el filósofo, cuya misión es gobernar y enseñar, el dialéctico, en lenguaje platónica, que dirige su mirada hacia el principio vivificador de todo cuanto existe, tanto en el mundo de las ideas, como en el mundo de las cosas, pues es El el que "produce las estaciones y los años y que gobierna todo en el ámbito visible y que de algún modo es causa de las cosas que ellos habfan visto" 516b,c, y que no es otro que el Bien, principio y fin, sólo intuible con la inteligencia, intuición o conocimiento dialéctico logrado sólo mediante el proceso dialéctico que no alcanza sino el dialéctico o filósofo; conocimiento noético o noesis -según Platón- considerado como la cima en la escala del conocimiento.

Si pasamos ahora al Mito de la Caverna conviene comprender que este mito es un paralelo y una continuación del Símil de la Línea, pero haciendo ver que si con la línea nos representa Platón de manera escueta, fría y precisa, como lo es la matemática, los estratos del ser y sus correlatos gnoseológicos, con la Alegoría de la Caverna, nos simboliza la situación natural existencial del hombre y el proceso dinámico de liberación o purificación que le permite, como dice Danilo Cruz Vélez, salir de su estado prefilosófico para dar cabida a la filosofía, la cual lo ha de levantar de su estado ínfimo, caracterizado éste por el conformismo y el egoísmo de su condición de inconsciente esclavo ignorante, elevarlo y "convertirlo" en un hombre libre, activo e inconforme, consciente buscador del saber que lo ha de llevar a buscarse a sí mismo y a entenderse con el otro, pues como lo afirma Nietzsche "la verdad



E. Escher.

(7)

comienza a duo", afirmación que puede ayudarnos a comprender por qué Platón recurrió al 'diálogo' como único medio de llegar al otro y también a uno mismo, como explícitamente lo dice en su diálogo "El Sofista" al definir el razonamiento "como un diálogo interior y silencioso del alma consigo misma" 263e. Este proceso de purificación, de liberación, no es otro que el proceso formativo o educativo, es decir, el proceso gradual de conocimiento de los distintos seres vistos en el símil anterior y que ha de guiar al hombre para que salga del mundo sensible y conscientemente se dirija hacia el mundo de la verdad.

Así entonces, ya podremos entender la frase con la cual comienza Platón su bella Alegoría:

"... compara nuestra naturaleza respecto de su educación y de su falta de educación con una experiencia como ésta. Representate hombres en una morada subterránea en forma de caverna, que tiene la entrada abierta, en toda su extensión, a la luz. En ella están desde niños con las piernas y el cuello encadenados, de modo que deben permanecer allí y mirar sólo delante de ellos, porque las cadenas les impide girar en derredor la cabeza.

Más arriba y más lejos se halla la luz de un fuego que brilla detrás de ellos. [...] Y si a la fuerza se lo arrastrara por una escarpada y empinada cuesta, sin soltarlo antes de llegar hasta la luz del sol [...] Finalmente, pienso, podría percibir el sol, no ya en imágenes en el agua o en otros lugares que le son extraños, sino contemplarlo cómo es en sí y por sí, en su propio ámbito..." 514a-516b; alegoría que tenemos que comprender a la luz de la Teoría de los Dos Mundos, tema central de nuestra disertación y como partes de la misma, el problema del conocimiento que conlleva el problema de la educación: mundos, conocimiento y educación del hombre y para el hombre.

Partamos entonces, de lo que dice su propio autor cuando explica la simbología del mito:

"El mundo que nos es patente por la vista habrá que asimilarlo al local de la prisión, y la luz del fuego que hay en ella, a la acción del sol. En cuanto a la subida al mundo superior y a la contemplación de las cosas de lo alto, ponlo como el camino del alma en su ascensión al mundo inteligible, [...]. En cuanto a mí, he aquí cómo se me da lo que me aparece como evidente: la idea del bien que con dificultad percibimos en el extremo límite del mundo inteligible [...]" 517b.

El mundo sensible, la sección AC de la línea, a su vez dentro de la caverna está dividido por un muro que corresponde al punto D de aquella, división que hay que tener en cuenta para poder comprender por qué los seres que están entre el muro y el fondo de la cueva, excepto los prisioneros, son sólo sombras de sombras; porque el muro únicamente deja reflejar unas figuras hechas que portan los títeres que están detrás, pero al mismo tiempo tapados por él. Es precisamente en esta parte de la caverna en donde se encuentra la mayoría de los hombres, esclava de los fantasmas que le dan los sentidos, de sombras y de ecos, y no sólo conforme, sino satisfecha con su condición de cautiva. Allí solamente hay conjetura e imaginación y, por lo mismo, confusión y desconcierto, sin ninguna conciencia de tal situación y, por lo mismo, sin sentir necesidad de salir de allí. Y, si de repente alguien intenta ayudar a superar tal estado, "y pretendiera desatarles y conducirlos a lo alto no lo matarían si pudieran echarle mano y darle muerte? Seguramente" 517a. Tal fue el caso de Sócrates quien fue juzgado y condenado a morir por pretender mostrar a sus discípulos el camino del saber que no es otro que el de la virtud.

Pero el optimismo de Platón, como debe ser el del filósofo, nos dice que es posible desencadenar a algunos de los prisioneros, no a muchos por cierto, ni de manera fácil, prisioneros aún de la oscuridad, que se levantan y empiezan a caminar paso a paso, intentando a cada

momento volver a su situación inicial, pero gracias a la orientación de un buen maestro no solo no regresan sino que logran franquear el muro y situarse entre éste y la entrada del antro, estancia que equivale a la sección DC de la línea. Allí se encuentran con un poco de luz que les permite reconocer a otros hombres como ellos, animales, plantas y, sobre todo, comparar los dos tramos de la cueva y reconocer que los seres que antes percibían como reales, no son más que sombras de objetos artificiales movidos por los títeres que los portaban y ecos correspondientes a las voces de los mismos, que hablaban detrás del muro. Poco a poco los cavernícolas se van habituando a su segunda morada y cada vez van percibiendo mejor todo lo que allí se encuentra, hasta cuando ya pueden mirar de frente la luz del fuego que arde a la entrada de la gruta, y acercarse a su salida. Aquí el hombre cree y, por lo mismo su saber ya no es por conjetura; sin embargo, sigue aferrado a lo sensible, a la multiplicidad, a lo que hoy es y mañana desaparece, e interesado por todo aquello que le reporta ganancia; es el hombre práctico que aferrado a lo que posee y a lo que tiene se resiste a salir. Es Menón a quien solo le interesa saber cómo se adquiere la virtud sin importarle no saber qué es.

Su guía entonces, lo exhorta a que abandone ese mundo de penumbra y salga a buscar no ya la luz del fuego que arde dentro de la cueva, sino la verdadera luz que resplandece fuera de allí. Pero como el cavernícola se resiste a salir su maestro lo arrastra y a la fuerza lo lleva a que contemple el mundo exterior, contemplación que por el momento no es fácil, pues al salir sus ojos se irritan de tal modo, que su único deseo es volver a la oscuridad; y al no permitírselo tiene "primero que ver los objetos reflejados en el agua, luego los objetos mismos; más tarde contemplar los cuerpos celestes en la noche y después a la luz del día" 516a; en otras palabras, irse acostumbrando poco a poco a tanta luz, acción que corresponde al proceso discursivo del investigador matemático, del científico. Este primer espacio del mundo exterior o inteligible corresponde al segmento CE de la línea y por lo mismo donde se encuentra el elemento matemático de la ciencia, puerta de entrada a la estancia de la verdad como rezaba en el pórtico de la Academia: "Si no sabes geometría no puedes entrar a este recinto", elemento sobre el cual el investigador discurre para sacar las conclusiones que, como hipótesis, le permiten lanzarse en busca del fundamento último, es decir, del sol del mundo exterior, de la Idea de Bien, el cual desde su cima todo lo ilumina de tal manera que el filósofo-maestro-gobernante tome conciencia de su misión y se comprometa como tal. Aquí estamos en el tramo derecho de la línea, la subsección EB y en el sitio más elevado del mundo exterior a la caverna.

Ese largo y penoso viaje del prisionero liberado que llega a contemplar la verdad, y que no es otro que el duro caminar del hombre a lo largo de su existencia, para

lograr formarse como tal, es sintetizado por León Robin como sigue:

"La educación científica sería así, para el prisionero, hasta entonces encadenado, la renuncia a la experiencia sensible de la coexistencia o sucesión de las sombras en el fondo de la caverna, la renuncia a las previsiones conjeturales resultantes de tal experiencia. Sería además, la caída de sus cadenas, la penosa ascensión por la abrupta pendiente, el deslumbramiento de la brusca iluminación, la necesidad de contemplar los objetos reales, cuya luminosidad es demasiado viva en imágenes reflejadas, y por fin la osadía de mirar el sol de frente para captar su refulgente luminosidad". (2)

Sin embargo, la explicación simbólica del mito no termina aquí. El filósofo, si es consciente de su misión, se da cuenta de su responsabilidad y asume el compromiso de volver al antro aun a costa de su vida, a buscar a sus antiguos compañeros de cautiverio para convencerlos de que como él emprendan la ascensión, y a ayudarlos a recorrer el camino que él ya recorrió, pues como bien lo anota Martin Heidegger "La vuelta a la caverna y la lucha entablada dentro de ella entre el libertador y los prisioneros, refractarios a toda liberación, da lugar a un cuarto escalón de la "alegoría" con el que ésta se completa" (3).

Ateniéndonos a los símbolos del mito podemos concluir que el hombre está fuertemente sujetado por la ignorancia, provocada por el apego a lo sensible y que es la educación o proceso de purificación la que lo va liberando poco a poco y le hace posible llegar a ser un hombre libre cuando contempla la luz que irradia el Bien, libertad entendida como el dominio interior del hombre sobre sí mismo, en términos de Werner Jaeger, y que se confunde con el logro de la verdad; a lo cual agrega el mismo pensador, que el mito de la Caverna, no es más que una imagen de la "paideia", entendida ésta como la formación que busca el cambio integral del hombre, es decir, su "conversión"; conversión que no obtiene solo, y que tiene que esparcir a los demás.

NOTAS

- (1) GOMEZ Robledo Antonio, *Platón; Los Seis Grandes Temas de su Filosofía*. México: F. C. E., p.512
- (2) *Op. Cit.* P.197
- (3) ESTRADA, Carlos. *Heidegger: De la Análitica Ontológica a la Dimensión Dialéctica*. Buenos Aires: Juarez Editor S.A., 1979. P.23